

El encuentro con la historia

Ricardo de la CIERVA Y HOCES

Catedrático jubilado

La Historia es verdad única pero los caminos que conducen a ella son innumerables. Cada uno tiene el suyo, porque se le impone o porque lo elige. Las motivaciones personales son también innumerables y en todo caso respetables. Voy a resumir brevemente mis vías personales de acceso a la Historia.

En la casa de un abogado que se interesa por la actualidad y la política, como mi padre, Ricardo de la Cierva y Codornú, los libros de Derecho dominaban el espacio pero dejaban hueco para otros muchos. Entre mis libros de texto me impresionó *Lecciones de cosas*, una pequeña y ordenada enciclopedia ilustrada que tantos años después me propongo buscar y editar; porque era una maravilla, sobre todo para la geografía y la que entonces se llamaba Historia Sagrada. Aquel fue mi primer encuentro con la Historia. A los cinco años me había convertido ya en un lector impenitente, aunque compartía mi abundante tiempo libre con el tren eléctrico y el meccano. No he vuelto a ver trenes eléctricos como aquellos salvo hace unos cinco años en Viena y pienso volver a la tienda. Del meccano he visto modelos actualizados, pero raquíuticos, como juguetes que no creen en sí mismos. A veces intentaba leer libros de la gran biblioteca de casa. Tuve éxito con la Guerra de la Independencia del conde de Toreno; todavía mis esquemas sobre el acontecimiento, hasta la llegada de la insuperable colección del coronel Priego, han sido los de aquel libro venerable. A los seis años fracasé, en cambio, con Ramiro de Maeztu en la Defensa de la Hispanidad; he tardado muchos años en subsanar esa grave omisión pero ahora conozco bien a Maeztu desde su difícil vertiente fabiana y desde su colaboración diplomática con Primo de Rivera. Mis primeros libros, en rigor, fueron la colección completa de Julio Verne, que alternaba con los libros de Emilio Salgari. Parecerá demasiado fantástico pero en lugares tan remotos como Islandia, Indonesia y Hong Kong, sin olvidar el cabo de Fomentera, he ido reconociendo lecturas de infancia.

El 18 de julio de 1936 estaba por la mitad de mis nueve años. La guerra civil me marcó para la vida y para la lectura. Y eso que mis primeros recuerdos históricos son anteriores: mi primera imagen fue la portada de un gran calendario con las cifras 1929 y mi primera escena recuerda a unos energúmenos subidos a una escalera el 14 de abril de 1931 mientras arrancaban el rótulo de la calle de Alfonso XII esquina a la de la Academia. Al día siguiente, en el Retiro, pudimos ver los tiznajos con las letras RIP sobre el pedestal del mismo Rey en el estanque, aunque no se consumaron sus intentos de derribarle pero los RIP permanecieron allí hasta la primavera de 1939. El mismo 14 de abril por la tarde esperábamos en el piso cuarto de la casa la vuelta de mi abuelo Juan de la Cierva y

Peñafiel, que regresaba de Palacio después de su último encuentro con don Alfonso XIII. Mi abuelo era hombre mesurado, nunca le oí una palabra más alta que otra. Aquella tarde sí. Venía indignado, quitándose las condecoraciones del uniforme —entonces los ministros usaban uniforme, ahora nunca los he visto— y profiriendo algunas exclamaciones nada fáciles de reproducir. El 15 de abril por la mañana asistí desde el balcón de casa a mi primera manifestación; unos ciudadanos vociferantes que acababan de clavar el rótulo de Alcalá Zamora, ex ministro de Alfonso XIII e íntimo amigo de mi abuelo, en lugar del anterior. No me lo explico pero nadie me tuvo que aclarar lo que estaba sucediendo. Mi vocación de historiador estaba naciendo sin que yo entonces alcanzara a saberlo.

Por mi casa de Alfonso XII —nosotros en el principal, mis abuelos en el cuarto, mi tío Juan, inventor de autogiro, en el tercero— pasaba muchísima gente. Después de la manifestación del 15 de abril salimos para Biarritz y luego a Hossegor en las Landas, —mi primer exilio, del que un día se permitió reírse el buen Marcelino Camacho— del que volvimos pronto, para evadirnos de nuevo en 1932, a raíz del 10 de agosto, por el que mi padre fue absurdamente encarcelado. Junto con mi tío Juan había sido diputado a las penúltimas Cortes de la Monarquía y junto con mi abuelo mantuvieron un desagradable encuentro con el político catalán Francisco Cambó, en que salieron a relucir los bastones, aunque sin efecto contundente; por el momento no he llegado a tanto con los nacionalistas periféricos de hoy, fuera del plano dialéctico. Las memorias de mi abuelo *Notas de mi vida*, que debo reeditar con anotaciones, me han servido de guía para la Historia; se publicaron por Reus en los años cincuenta y se encuentran totalmente agotadas. Entre los lectores que las conocen a fondo me consta que figuraron don Juan de Borbón y don Juan Carlos I.

Tras un breve refugio en la Legación de Noruega conseguimos evadirnos del Madrid rojo, y después de una odisea en tres navíos de la Marina británica y de desembarcar en Marsella, emprendimos el tercer exilio en Francia. Muchos años después, en conversación con el ex ministro de la República don Mariano Ansó, supe que a bordo del destructor *Antelope*, que nos trasladaba a él y a nosotros, junto a centenares de refugiados, viajaron también a Marsella los cuadernos con las Memorias de don Manuel Azaña, que las había entregado a don Mariano para que las depositase en el consulado general de España en Ginebra, regido entonces por don Cipriano Rivas Cherif, cuñado de Azaña. De allí sustrajo tres de los cuadernos un diplomático español que las entregó al general Franco con gran fruición de éste, quien encargó una edición selecta al periodista afecto al Cuartel General don Joaquín Arrarás. Luego la duquesa de Franco las ha devuelto y mi distinguida amiga doña Esperanza Aguirre, entonces ministra de Cultura, se enfadó mucho conmigo porque me enteré antes que ella de la feliz recuperación.

Llegamos de nuevo a Biarritz a fines de septiembre de 1936 y las primeras noticias que nos hicieron vibrar al leerlas en primera página de *La Petite Gironde* fueron el hundimiento del destructor *Almirante Ferrándiz* por el crucero *Canarias* en aguas del Estrecho; la liberación del Alcázar de Toledo por el Ejército de Africa y la elección del general Franco como jefe supremo de la España nacional. En Biarritz encontramos con enorme sorpresa a mi abuela y mi

hermana mayor Pilar, que se habían quedado en la Legación de Noruega al salir nosotros. Nos contaron que el encargado de la Legación, el heroico señor Schlayer, muy amigo de mi padre, que era abogado de ese centro diplomático, había intentado sacar a los tres (ellas con mi padre) de Madrid por avión pero alguien había reconocido a mi padre, que inmediatamente detenido por el masón republicano Miguel Muñoz, director general de Seguridad, y encerrado en la cárcel Modelo, de la que salió para las fosas de Paracuellos el primer día en que Santiago Carrillo actuaba como delegado de Orden público en la Junta de Defensa de Madrid. Luego he sabido que don Indalecio Prieto y el doctor Juan Negrín, ministros en el gobierno de Largo Caballero, trataron de salvar su vida; pero nada pudieron ante la obstinación del jefe del gobierno, Largo Caballero, que se negó a indultarle pese a que nunca había mantenido una actividad relevante en política ni, por supuesto, había cometido delito alguno. No es difícil comprender mi reacción personal hacia los señores Prieto y Negrín, por una parte y hacia Largo Caballero y Carrillo por otra. Lo he contado con detalles y pruebas en mi libro *Carrillo miente*.

Mientras estuvimos refugiados en la Legación de Noruega, entonces en la calle Abascal 14, donde el señor Schlayer tenía alquilados varios pisos, veíamos a través de las persianas echadas, por algunas rendijas, las manifestaciones que varias veces organizaba el Frente Popular. Dos de ellas, en la segunda quincena de septiembre de 1936, se dedicaron a celebrar la caída del Alcázar de Toledo. Por la noche, en emisoras extranjeras, confirmábamos que el Alcázar continuaba su resistencia, algo que se me grabó para siempre. Después de unas semanas en Biarritz, en una villa llamada «Les Fousains», pudimos volver a España. Entrábamos por Vera de Bidasoa, donde sobre la aduana española ondeaba la bandera roja y amarilla que yo había visto desaparecer aquel 14 de abril de 1931, sustituida por la antiestética bandera tricolor. Al ver de nuevo la bandera española me dio un vuelco el alma y ya nunca dudé de la victoria que acababa de triunfar en el Estrecho y en el Alcázar.

San Sebastián se incorporó a la España Nacional el 13 de septiembre. No había pasado un mes cuando llegamos. Es la ciudad española que mejor conozco y una de las del mundo que más admiro. En la Librería Internacional, junto al hotel Cristina, compré los primeros libros de mi biblioteca que hoy alberga decenas de miles. El primero fue el del padre Risco sobre los héroes del Alcázar de Toledo; poco antes había conocido en el hotel Biarritz, nuestro primer hogar en Donosti, al coronel Moscardó con barba, poco antes salido del Alcázar. El segundo libro fue el primero que el periodista portugués Mauricio de Oliveira dedicó a *La tragedia española en el mar*. Tenía que hacer muchos recados para conseguir muchas propinas con las que fui comprando todo lo que salía en la zona nacional sobre la guerra de España. La necesidad de comprender me obligó a extender mi ansia de fuentes a la República, al reinado de Alfonso XIII, a los problemas de Europa, a la Historia Universal. A los once años cobré ya conciencia de que la guerra de España era un problema mundial; y cuando aprendí idiomas (ya leía entonces el francés) empecé a observar que la guerra civil que me describían los libros extranjeros no era la guerra que yo había vivido en las dos

zonas. La organización monárquica Renovación Española, a la que había pertenecido mi padre, creó una sección juvenil que nos envió a Salamanca para el acto de reconocimiento de Franco por Italia y Alemania. Luego vi cómo Pemán reflejaba ese acto en su poema de la Bestia y el Ángel, que llegué a aprender de memoria; se lo dije a Pemán cuando me hizo el honor de acudir a la presentación de mi primer libro muchos años después. Otra de mis primeras preguntas sobre la guerra, también mucho más tarde, fue por qué los rojos jamás citan a Pemán ni menos a ese fantástico Poema cuando disertan sobre la literatura de guerra. Sigo sin comprenderlo.

La vida me llevó después por otros derroteros pero jamás abandoné mi biblioteca creciente que sigue junto a mí. Cumplí con mis diversas y complementarias vocaciones, de Clásicas a Filosofía, de Letras a Ciencias. Nunca abandoné la pasión por la España del siglo XX. Mientras cursaba Filosofía pura, como la llamábamos entonces, asistí a los cursos completos del profesor Vicente Palacio Atard en Historia Contemporánea, estudié todos los libros del profesor Miguel Artola, con cuya amistad también me honro y oí las clases de Historia que daba, con gracia incomparable, el profesor Jesús Pabón en la Escuela de Periodismo. Comprendí que tenía que centrarme en una sola especialidad principal y luché por dentro durante años entre la Cosmología científica, que yo concreté en la Química Física, y en la historia de España del siglo XX. Realicé el doctorado en Ciencias con el estupendo equipo del profesor Foz Gazulla y me decidí por la Historia. Esto sucedía más o menos en 1961, más o menos el año en que aparecían casi a la vez los libros sobre la República y la guerra de España de Hugh Thomas, Burnett Bolloten y Gabriel Jackson. Me empapé también en la espléndida Historia de la Segunda República Española de Joaquín Arrarás. Luego llegué a conocer bien y personalmente a estos grandes autores. Me incorporé al equipo de cátedra que dirigía el profesor Vicente Palacio Atard en la Facultad de Historia de Madrid, la única cátedra que entonces estudiaba a fondo la España del siglo XX en la Universidad española. Allí me encontré con el entonces coronel aviador Ramón Salas Larrazábal, la persona que más ha sabido en el mundo sobre la guerra de España, junto con su hermano Jesús, hoy general de Ingenieros Aeronáuticos y el coronel de Infantería José Manuel Martínez Bande. El fantástico y a veces genial historiador de la guerra civil Gerald Howson, más rojo que un pimiento morrón, me hace un honor extraordinario en su libro *Arms for Spain*. Dice que yo fui creador de ese equipo que cambió la tendencia pro-republicana en los estudios de la guerra civil española. Se equivoca de medio a medio. Yo fui el discípulo más tenaz de todos esos grandísimos historiadores y a veces pude evitar algún desaguisado cuando el general Franco, mal aconsejado por algún envidiosillo, prohibió que se publicasen los cuatro inmensos y definitivos tomos del general Ramón Salas sobre el Ejército Popular de la República. Me fui con los cuatro voluminosos originales al Palacio del Pardo y pedí permiso a Franco para analizar ante él su contenido. Hizo un gesto indefinible y autorizó la edición sin necesidad de análisis. Así pudo aparecer en la España de Franco el libro más importante jamás escrito sobre la guerra civil española. Y el pobre Howson llega a reconocer en su libro que no es capaz de entender a Ramón Salas. Se nota.

Para justificarme ante mis lectores, que ya empezaban a crecer, vi que necesitaba un título en Historia. Asistí a numerosas clases de otras asignaturas pero me pareció menos difícil preparar unas oposiciones a la cátedra de Geografía e Historia de Instituto. El Cuerpo de Catedráticos de Instituto, gracias a Gerardo Diego y Antonio Machado, entre otros cien, goza de un prestigio altísimo. Gané aquellas oposiciones y acepté el encargo de cátedra en Historia de las Ideas y las Formas Políticas, que impartí gracias al incomparable libro de Sabine. Ya había conseguido ganar otra oposición: la de Técnicos de Información y Turismo, que contaba y contaría con profesionales como Manuel Camacho, Francisco Sanabria, Javier Bas, Joaquín Entrambasaguas y Esperanza Aguirre, nada menos. Las oposiciones ofrecían un duro programa de Historia y otro todavía más duro de las diversas ramas del Derecho. Las saqué a la segunda en 1963 y desde entonces llevo cuarenta años, más los de mi adolescencia, dedicado a la Historia en cuerpo y alma.

Pero todavía me quedaba un esfuerzo académico más: la cátedra universitaria de Historia. En los años sesenta las oposiciones y los concursos-oposición eran algo muy serio, no el retorcido festival endogámico en que les hizo degenerar la nefasta Ley de Reforma Universitaria LRU. Mi trabajo en el Ministerio de Información y Turismo me había llevado a subir los primeros escalones en una carrera política que me interesaba mucho menos que mi especialización definitiva en la Historia de España en el siglo XX.

Entonces apareció la casualidad. Cuando gané la oposición como técnico de Información y Turismo en 1963 no tenía la menor idea de que mi vocación histórica iba a apoderarse de mi vida. El subsecretario, don Pío Cabanillas, que luego fue muy amigo mío, decidió enviarme como delegado del Ministerio a Santa Cruz de Tenerife. Me atraía el destino pero el clima del archipiélago no convenía a mi mujer; estábamos recién casados y solicité un cambio. Esto irritó a Cabanillas que me encerró, con categoría reducida, en un enorme despacho de la cuarta planta, lleno de libros hasta el techo, que era altísimo. Como no me asignó función alguna revolví los libros y comprobé con asombro que casi todos eran extranjeros y todos se referían a la guerra civil española, mi tema predilecto en la Historia. Indagué de dónde provenía ese tesoro y supe que la espléndida colección había sido reunida en los servicios de propaganda del gobierno de Burgos nada menos que por el profesor Jesús Pabón, que entonces se encargaba de la información extranjera sobre el conflicto. Como mi dominio de idiomas había progresado bastante y el Ministerio no me daba trabajo alguno me dediqué a la lectura sistemática de todos aquellos libros y al cabo de un año había tomado notas de todos ellos y además tuve tiempo para preparar las oposiciones a la cátedra de Instituto. Entonces el periodista Carlos Rivera, director de la revista *El Español* me pidió colaboración en ella y envié varios artículos de Historia. En plenos años sesenta la Teología de la Liberación hacía estragos en el Tercer Mundo y en ella abrí otro frente de investigación. Un día el secretario general técnico, embajador Joaquín Juste, que era un gran caballero, se interesó por mi trabajo y se lo expliqué. Mis dos temas —los años treinta y la teología de la liberación, le apasionaban y me animó a escribir sobre ellos. Conocí por entonces al

ministro Fraga, que tenía su despacho en la misma planta cuarta, a su cuñado Carlos Robles Piquer, director general de Cultura Popular, y se interesaron también por mi trabajo. Fraga me pidió que estudiase el problema del Frente Popular, porque en los Consejos de Ministros el general Franco se interesaba por algunos discursos pronunciados en París por Dolores Ibarruri, la Pasionaria, muy aficionada a hablar del problema. Pedí seis meses para estudiarlo a fondo y el día en que se cumplía la fecha exacta Fraga me pidió cuentas de mi trabajo. Pude llevarle las galeradas de mi primer libro de cierta envergadura, mi libro sobre antecedentes de la guerra civil española que se publicó en 1967. Cuando se lo llevé al ministro cogió el libro, me pidió que le siguiese y me llevó al palacio del Pardo para entregárselo al general Franco, ante quien resumí el largo capítulo sobre el Frente Popular, que ahora, después de haber dado tantas vueltas al problema, repetiría de la cruz a la fecha. Franco, que pensaba de forma bastante diferente, pidió varias aclaraciones y acabó aceptando mi interpretación. Entonces Fraga creó en torno a mi despacho una Sección de Estudios sobre la guerra de España, que ha merecido el desmedido elogio de Gerald Howson.

Gracias a Thomas, Bolloten y Jackson empezaba la fiebre de estudios sobre la guerra civil. Mi segundo encargo vino también de la mesa del consejo de ministros. El de Exteriores, don Fernando María Castiella, recibió el *bestseller* de Jackson *Historia de la segunda República Española y la guerra civil* y dijo a Fraga que era necesario replicar a Jackson. Hablamos y dije a Fraga que la tesis básica del historiador norteamericano era verdadera; la República y la guerra civil formaban un sólo bloque histórico, lo que no sucedía con la guerra de España concebida como antecedente unívoco de la segunda guerra mundial. Para responder a la exigencia de Castiella se me ocurrió aprovechar una iniciativa de la Editorial Codex, de Buenos Aires, que proponía introducir en España las ediciones de grandes obras por fascículos. Aceptada la idea me encargué de escribir el texto y encargué a mi colaborador Jesús Lozano seleccionar las fotos de la obra que se tituló *Crónica de la guerra civil española, no apta para irreconciliables*. Yo no firmaba el libro pero pronto se conoció su autor. La Crónica alcanzó un éxito enorme y desde entonces se popularizaron en España las grandes obras por fascículos semanales, que ya habían florecido en las «novelas por entregas» del siglo XIX y principios del XX. Alfonso Guerra estaba enfadadísimo con el éxito creciente de mis fascículos, un excelente método de difusión cultural que a él le salió fatal; cuando el PSOE barrió en las elecciones de 1982 un animoso editor valenciano el señor Giner lanzó a todo trapo una obra fascicular «Historia y vida del Socialismo» proyectada para un centenar de cuadernos y que no pudo pasar de cinco. Giner me llamó con un enfado muy parecido al de Guerra y yo le contesté que el éxito en este tipo de obras era marca de la casa. Alfonso Guerra, como Azaña hasta 1931, era un escritor sin lectores, sería capaz de organizar una revolución para que le leyeran. El caso es que Azaña la organizó y le leyeron; Alfonso Guerra también lo intentó pero ni aun así ha leído nadie las originalidades de «Mienmano» y de la editorial Sistema o el «programa 2000», que son la antología guerrista del disparate.

Por mi despacho de las altas paredes tapizadas de libros en el Ministerio de Información pasaba todo el mundo. De uno y otro bando. Hasta el atrabiliario Herbert Rutledge Southworth, que acababa de publicar *El mito de la Cruzada de Franco* que a veces es gracioso de mueca y el mamotreto sobre Guernica, que mereció los elogios de un tribunal de ignorantes nombrado por la Sorbona; a poco la policía le propinó una salvaje paliza en los sucesos de mayo del 68. Me he pasado media vida polemizando con él, y encontrándole errores ratoniles, creo que acabó muriéndose de rabia cuando revelé que identificaba a Pancho Cossío, el gran pintor falangista, con Bartolomé Manuel de Cossío, el patriarca de la Institución Libre de Enseñanza. Cuando desapareció le eché mucho de menos; nunca disfruté tanto como encontrándole gazapos crueles. Pero toda esta actividad polémica no se limitaba a la polémica. Los grandes historiadores militares de la época pasaban por mi despacho y me dirigían las más fastuosas clases particulares que jamás recibió historiador alguno. Eramos un equipo informal cuyo jefe indiscutible era el general Ramón Salas Larrazábal, una enciclopedia viviente de la guerra civil.

Con todo este ajeteo y dada la época que vivimos, tuve que dedicar algún tiempo, no total ni excesivo, a la vida política. Acepté la dirección de Editora Nacional, cuyo primer director había sido nada menos que Pedro Laín Entralgo; y el ministro Fernando de Liñán me nombró director general de Cultura Popular, una aventura aperturista que ha glosado mi amiga Carmen Llorca, a quien designé presidenta del Ateneo entre un auténtico clamor. Llevado por la sangre obtuve en las primeras elecciones democráticas un escaño en el Senado por Murcia; y en las siguientes otro en el Congreso por la misma región. Introduje con el profesor Julián Marías el término Nación Española en la Constitución y varios artículos; tomé el que se refiere al servicio de la cultura de la Constitución de la República de 1931, Ortega y Gasset *dixit*. Hice posible que el Estado se ocupase de los asuntos culturales en el art. 149.2 e incluí en el texto la Comunidad Hispánica de Naciones. Mi por fortuna breve vida política merece la pena sólo por esas enmiendas, que son mi gloria.

A lo largo de 1980 el presidente Adolfo Suárez me designó ministro de Cultura. Recorrí las cincuenta provincias y algunas, como la mía de Murcia, varias veces. Al llegar al Ministerio me encontré al profesor Javier Tusell en la Dirección General de Bellas Artes y le mantuve. Por un solo motivo: lo estaba haciendo bien. Él estaba seguro de su cese; nunca llegó a conocerme.

En enero de 1975, el año de la muerte de Franco, habíamos competido, junto con el doctor José Andrés Gallego, para la Agregación recién creada de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica en la Universidad Complutense. Contra lo que Tusell pensaba, yo prefería dedicar el resto de mi vida a la Universidad que a la política. Fui director general dos años y uno escaso ministro. Tiempo más que suficiente para saber que si uno quiere permanecer junto a la cumbre de la política tiene que dedicar dos terceras partes de su tiempo a defenderse de los ataques por la espalda y sólo queda un tercio de energía para avanzar.

En la oposición de 1975 los candidatos decidimos renunciar a la «trinca», ese trámite procedente de la Edad de Piedra que pretende el despedazamiento del contrario. En compensación dedicamos la época siguiente a la prueba a continuar la trinca por otros medios. Por desgracia el candidato más joven de los dos, que era Javier Tusell, ha fallecido cuando se me piden estas líneas.

Creo que realicé una oposición aceptable. No conocía personalmente a dos miembros del Tribunal, ni tampoco al presidente, profesor Cuenca, aunque creía que sí. El especialista en América, profesor Hernández Sánchez Barba, a quien no conocía, votó a mi favor. El profesor Suárez Verdeguer, de la Universidad de Navarra, a quien tampoco había visto nunca, votó en contra y se comportó con dureza conmigo. Luego, bastante tiempo después, me envió sus excusas que acepté con gratitud. En la primera fila del salón el profesor Carlos Seco Serrano, decidido partidario de Tusell, organizó una pequeña «clac» en mi contra. No tiene importancia, ni la tuvo entonces, porque gané. Creo que en el conjunto de mis relaciones con el profesor Seco Serrano los factores positivos dominan por completo a los negativos, que a veces son irremediables en la vida.

En cuanto al presidente del tribunal, profesor Cuenca Toribio, prefiero no decir nada. Podría hacerlo y este comentario ganaría con ello irresistiblemente en amenidad. Además el profesor Cuenca, que votó en contra pese a haberme visitado en mi casa para ofrecerse como Presidente (como si yo, simple candidato ya sin cargo alguno, pudiera nombrar presidentes del propio Tribunal que me iba a juzgar) me hizo un favor insigne que todavía no conoce. Cuando en 1980 se trataba en las alturas sobre mi elección como ministro, un argumento facilitado, sin saberlo él, por el profesor Cuenca decidió la cuestión a mi favor. Por tanto lejos de atacarle le doy las gracias.

Durante mi época como ministro de Cultura nunca interrumpí mi contacto vital con la Historia. Continué ampliando mi colección de fuentes e incluso escribiendo, de noche, mi segunda biografía de Franco que publiqué pocos meses después. El aterrizaje en la Historia después de las tormentas políticas fue muy suave. Pero fui consciente de que con la oposición a cátedra me jugaba mi futuro, o al menos la dirección que yo quería imprimir a ese futuro.

La época posterior resultó mucho más agradable. He seguido cultivando los mismos frentes de investigación que antes; la época de la República y la guerra civil, la historia Universal como contexto de la española, la historia de la Iglesia Católica. He abierto un nuevo frente muy intenso, la auténtica historia de la Masonería. Y tengo el atrevimiento de terminar estos apuntes biográficos con la cita paulina que utilizó el profesor Jesús Pabón al jubilarse en el hotel Mindanao: «Bonun certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi; in reliquo, reposita est mihi corona iustitiae». Dios lo quiera.

P.D. En relación con la Historia debería citar a la Editorial Fénix y a la Librería Castellana 45 que creamos en familia hace unos años. Así mi vida vive en un universo de libros. La Editorial Fénix me ha conseguido una libertad total en un mundo donde no siempre ha desaparecido la censura a la que yo creo haber asestado golpes mortales en los años setenta.

También merecería la pena hablar de la Universidad y del asalto comunista a las cátedras que planeó certeramente el profesor don Manuel Tuñón de Lara, con quien mantuve unas relaciones personales excelentes, que él mismo reconoció en uno de los primeros libros de la revista *Sistema*. Pero se me va ya el espacio y tiempo habrá de volver sobre esos asuntos agridulces.